

Maquiavelo y la política latinoamericana

Por Adrián Lucardi

DOCUMENTOS

La única diferencia con la América Latina de nuestros días reside en que los nuevos aventureros llegan al poder por los votos y no mediante las armas, y la debilidad que aprovechan no es la de los aparatos militares, sino la de los partidos políticos. Como en la Italia de Maquiavelo, los que mejor partido sacan de la situación son los intrigantes, los inescrupulosos, los advenedizos y los demagogos. Fujimori y Montesinos en Perú, Correa en Ecuador, Morales en Bolivia, López Obrador en México y Chávez en Venezuela, por citar a los casos más conspicuos.

Adrián Lucardi es Asistente de Investigaciones del Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL). Es Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de San Andrés y ha realizado actividades de capacitación durante el año 2006 en la Escuela Latinoamericana de Estudios Políticos y Económicos de CADAL.



Existen muchas interpretaciones sobre lo que Nicolás Maquiavelo quiso decir en *El príncipe*¹. La que aquí se propone es una entre tantas, quizás no la más correcta, pero sí la que mejor nos ayuda a entender lo que viene sucediendo con la política latinoamericana durante las últimas décadas. Escrito a principios del siglo XVI, *El Príncipe* es un texto lleno de ejemplos y comentarios sobre la situación política italiana de la época que, como espero mostrar aquí, se parece mucho a la América Latina de nuestros días. De ello se desprende que las ideas del secretario florentino resulten sumamente útiles para comprender los problemas políticos que caracterizan a nuestro continente.

1. Virtù y fortuna

Tal vez la más famosa de las dicotomías maquiavelianas, la distinción entre la virtud y la fortuna no debe entenderse como equivalente a la que existe entre el talento y la buena suerte, sino a una contraposición de carácter más abstracto entre lo propio y lo ajeno. Para Maquiavelo, la fortuna de un príncipe hace referencia a todos aquellos acontecimientos que están más allá de su capacidad de control; en otras palabras, la fortuna refiere a lo exógeno, lo que “le pasa” al príncipe, en tanto que la virtud es lo que éste puede hacer por sí mismo, sin depender de los otros. En consecuencia, ningún hombre puede rehuir por completo al poder de la fortuna, pero éste varía considerablemente según los hombres se hayan preparado para resistirlo. De ahí que la primera preocupación de los príncipes capaces consista en poner bajo control todo lo que les resulte posible, para disminuir el impacto de la fortuna; en eso consiste, precisamente, la *virtù* maquiaveliana:

[...] la fortuna [...] muestra su poder cuando no hay virtud organizada y preparada para hacerle frente y por eso vuelve sus ímpetus allá donde sabe que no se han construido los espigones y los diques para contenerla.²

De esto se sigue, entonces, que la virtud es el mejor sustento que un príncipe puede tener si desea mantenerse en el poder, en tanto que aquél que dependa exclusivamente de la fortuna está condenado a caer pronto. Quien llegue a un cargo por voluntad de otro, o por imperio de circunstancias excepcionales, difícilmente se podrá mantener en el mismo si cambian las condiciones que inicialmente lo condujeron al poder:

Quienes de simples particulares se convierten en príncipes con la sola ayuda de la fortuna, alcanzan dicho estado con pocos esfuerzos, pero deben realizar muchos para mantenerse. [...] Estos individuos dependen sencillamente de la voluntad y de la fortuna de quien les ha concedido el Estado, dos cosas volubísimas e inestables.³

En suma, la fortuna no es sino una débil apoyatura para mantener el poder: un príncipe incapaz conservará su cargo solo mientras la fortuna le sea favorable, en tanto que uno virtuoso podrá sostenerse por sí mismo: como fundamento del poder, la virtud es mucho más eficaz que la fortuna, porque depende de uno mismo y no de los otros. No es extraño entonces que el grueso de *El príncipe* (más precisamente los capítulos XII a XXIII) presente con bastante detalles las principales medidas que un gobernante debe adoptar para construir los cimientos que le permitan resistir los embates de una fortuna adversa. Excelente ejemplo de esto lo constituye Hierón de Siracusa, que hizo todo lo que correspondía a un hombre en su situación:

disolvió el viejo ejército, formó uno nuevo; abandonó las viejas alianzas y contrajo otras nuevas. Como tenía entonces aliados y soldados que eran realmente suyos, estaba en condiciones de edificar sobre tal fundamento cualquier edificio, hasta tal punto que lo que le costó bastante esfuerzo conseguir lo pudo conservar con poco.⁴

2. El príncipe nuevo y los ordini

En este punto parece surgir una contradicción: como ningún príncipe puede escapar a la muerte, tendríamos que en el largo plazo construir en base a la virtud no sería menos estéril que hacerlo sobre la fortuna: si la virtud del príncipe es lo único que le asegura el cargo, su sucesor deberá comenzar desde cero, y en caso de no ser lo suficientemente virtuoso, perderá el poder al menor inconveniente. En otras palabras, la diferencia entre virtud y fortuna sería válida para los príncipes individualmente considerados, pero no para los pueblos: éstos estarían condenados a girar con la rueda de la fortuna, ya que nada pueden hacer para garantizar el gobierno de un hombre que sea capaz de mantenerse en el cargo y asegurar el orden.

Para resolver este problema, Maquiavelo trae a colación los *ordini*, expresión que literalmente significa “ordenamientos” pero que hoy denominaríamos “instituciones”. A contramano del mito que lo presenta como un (nietzscheano) profeta del “príncipe nuevo”, ese líder carismático que por su enorme energía política y carecer de escrúpulos y ataduras puede hacer prácticamente lo que quiera, el secretario florentino fue uno de los pensadores que mejor comprendió el valor de las instituciones. Sabía perfectamente que la estabilidad política constituye un bien escaso y demasiado importante como para hacerlo depender de la aparición ocasional de algún líder virtuoso.

Esto es visible en muchas partes de su obra, pero especialmente en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*⁵, donde se muestra como un apasionado

¹ *El Príncipe*, Buenos Aires, Alianza, 1999 (la edición original es de 1513).

² *Op cit.*, cap. XXV, p. 117.

³ *Op cit.*, cap. VII, p. 51.

⁴ *Op cit.*, cap. VI, p. 51.

⁵ *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Buenos Aires, Losada, 2004 (la edición original es de 1513/31).

admirador de los romanos, justamente por la calidad de las instituciones que habían sabido darse. A diferencia de tantos historiadores, Maquiavelo se mostrará muy crítico con la figura de Julio César, a quien señala como el causante de la ruina final de la gloriosa república:

Y que nadie se engañe por la gloria de César, al oír cómo lo celebran, especialmente los escritores, porque quienes lo elogian están corrompidos por su fortuna y atemorizados por la grandeza del imperio. Porque César, amparándose bajo su nombre, no permitía que los escritores hablaran libremente de él. Pero, si alguien quiere saber qué decían los escritores libres, debe ver cuanto dicen de Catilina. [...]

[...] Y, si realmente un príncipe busca la gloria del mundo, debería desear la posesión de una ciudad corrompida, no para echarla a perder en todo, como César, sino para reordenarla como Rómulo. Y por cierto, los cielos no pueden dar a los hombres mejor ocasión para la gloria, y tampoco los hombres la pueden desear mejor.⁶ [el subrayado es del autor].

En verdad, resulta difícil distinguir qué era lo que Maquiavelo admiraba más, si al pueblo romano o a sus instituciones. Para no entrar en una discusión estéril, aquí me limito a señalar que una de las mayores ventajas que encontraba en éstas residía en su capacidad de procesar conflictos —y por ende, de perdurar en el tiempo más allá de los cambios de la voluble fortuna. Opinión que se refuerza si consideramos que según Maquiavelo no hay mayor gloria para un príncipe que ser fundador de instituciones perdurables; los ejemplos que da al respecto son nada menos que

Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y semejantes. [...] los encontraréis a todos dignos de admiración; y si se examinan sus acciones y las instituciones [*ordini*] creados por cada uno de ellos, se encontrará que no son diferentes de las de un Moisés que tuvo tan alto preceptor.⁷

Por supuesto, se trata de ejemplos míticos; pero la fuerza del argumento no reside en la veracidad histórica de las figuras mencionadas, en que son vistos como modelos a seguir porque se trata de personajes que se encontraron con pueblos débiles y esclavizados, pero en lugar de aprovecharse de sus desgracias procuraron organizarlos, fortalecerlos y

proporcionarles buenas leyes. De ahí también los reiterados elogios que Maquiavelo le dirige a Licurgo, el creador de la famosa constitución espartana que perduró por ocho siglos⁸. Es cierto que en *El Príncipe* el acento no está puesto en el valor de las instituciones, pero el valor de éstas puede apreciarse con claridad cuando se nos habla de los principados hereditarios. Éstos son traídos a colación en los capítulos iniciales de la obra, que por un lado establecen la distinción entre los principados nuevos y los hereditarios, y por el otro indican cómo conservar a estos últimos. Así, en el capítulo I nos enteramos que los principados hereditarios son aquellos “en los que impera desde hace largo tiempo el linaje de su señor”⁹, en tanto que en el siguiente se nos dice que

la dificultad de conservarlos es bastante menor que en el caso de los nuevos, puesto que es suficiente con respetar el orden de sus antepasados y, por lo demás, adaptarse a los acontecimientos; de esta forma si el príncipe en cuestión es de una habilidad normal, conservará siempre su Estado, a no ser que una fuerza extraordinaria y excesiva le prive de él.¹⁰

En suma, a diferencia de lo que sucede con los principados nuevos, que requieren un líder extremadamente competente para ser conservados, en los hereditarios la tradición y las instituciones ya existentes simplifican sobremanera la labor del gobernante. Y otro tanto sucede con los principados eclesiásticos, que son verdaderamente “*fool-proof*”, porque cualquiera puede mantenerlos. En efecto, este tipo de dominios

se adquieren o con virtud o por la fortuna y se conservan sin la una y sin la otra, ya que se sustentan en las antiguas leyes de la religión, las cuales son tan poderosas y de tanto arraigo que mantienen a sus príncipes al frente del Estado sea cual sea su forma de actuación y de vida.¹¹

¿Entonces? El problema planteado respecto a los pueblos que dependerían exclusivamente de la fortuna se resuelve fácilmente si consideramos que el “príncipe nuevo” maquiaveliano no es una opción de validez universal¹², sino una (¿o la única?) salida para aquellos países que, como Italia, se hallan en una situación de caos y descontrol, carentes de ordenamientos legítimos que den solución a los dos problemas básicos de la política: la obediencia de los gobernados y la sucesión pacífica en el poder. En los principados hereditarios, estas cuestiones ya están resueltas: por un lado los súbditos están acostumbrados a obedecer al monarca, y por otro éste

⁶ *Op cit.*, Libro I, Cap. X, p. 85-7.

⁷ *El príncipe*, cap. VI, p. 48.

⁸ Véanse los *Discursos...*, Libro I, cap. II, p. 60; cap. VI, p. 69-70; y Libro II, cap. III, p. 220-1.

⁹ *El príncipe*, cap. I, p. 33.

¹⁰ *Op cit.*, cap. II, p. 34.

¹¹ *Op cit.*, cap. XI, p. 69.

¹² Es más: como el ejemplo de Julio César lo demuestra (ver *supra*), en sistemas políticos estables, con instituciones (relativamente) buenas, un líder de este tipo constituye una amenaza más que una bendición.

adquiere su autoridad en virtud de una norma tradicionalmente respetada y que nadie discute; las dos fuentes posibles de inestabilidad interna, el descontento del pueblo con los hombres o las instituciones que lo rigen, y las disputas entre los nobles por acceder al trono, no están presentes –de ahí que solo una “*fuera extraordinaria y excesiva*” pueda privar al príncipe de un dominio de este tipo. Y lo mismo es válido para las repúblicas que, como Roma, perduraron durante siglos: como se muestra en los *Discursos*, allí la renovación periódica de los cargos permitía resolver el problema de la sucesión, en tanto que las instituciones vigentes satisfacían tanto a la plebe como al patriciado, por lo que ambos sectores colaboraban para mantener la estabilidad interna contra los agitadores y defender a la patria de las agresiones externas. Pero en los Estados de la Italia renacentista, ninguna de estas condiciones está satisfecha: las disputas palaciegas, las intrigas de los jefes mercenarios, el descontento popular del que se aprovechan los advenedizos, todo conspira contra las posibilidades de defensa externa y contra el orden y la estabilidad internas –y por consiguiente contra los bienes y las mujeres de los súbditos, las dos cosas más valiosas que este orden debe proteger. En tales circunstancias, la única salida es un líder extraordinario, dotado de la enorme energía y sagacidad necesarias no solo para restablecer el orden, sino también para dotar a sus dominios de un conjunto de *ordini* capaces de sostenerse por sí mismas. Pero entiéndase bien: *sólo* cuando medien estas condiciones iniciales, y cuando el líder excepcional actúe de esta manera, tendremos un auténtico “príncipe nuevo”. Si el Maquiavelo de *El príncipe* es un decisionista, como lo cree Carl Schmitt, ello es solo en la medida en que ese poder de decisión sea empleado para establecer un conjunto de instituciones que sean capaces de perdurar más allá de la voluntad de quien las creó¹³.

3. Italia renacentista y Latinoamérica actual

Por supuesto, las diferencias que existen entre la Italia de fines del siglo XV y la América Latina de hoy son notables: el régimen político “por defecto” no es la monarquía sino la democracia; el principal objetivo político no consiste en la expansión territorial sino en el desarrollo económico; y a pesar de los resabios de la teoría de la dependencia que se niega a morir, la crónica inestabilidad política tiene causas internas y no externas. Pero también hay una similitud básica: como sucedía con los Estados italianos del Renacimiento, hoy en día la mayoría de los países latinoamericanos no consiguen articular un régimen político basado en instituciones legítimas y respetadas por todos (en el sentido de que ningún actor de peso emplee mecanismos extra-institucionales o para-institucionales para alterarlas en su favor), que además garanticen la sucesión previsible y pacífica en el poder. El *principio* democrático, entendido como la necesidad de llegar

al poder por medio de los votos, ha sido aceptado por todos; pero las reglas de convivencia de la democracia resultan continuamente vulneradas, tanto desde arriba como desde abajo: las movilizaciones populares que se manifiestan violando derechos o buscando extorsionar al gobierno, los partidos de oposición que convierten al chantaje en práctica política básica, y los gobernantes que piensan que por representar a la mayoría no están constreñidos por límites institucionales, constituyen claros ejemplos de ello. De la misma manera, lo usual que resulta que algún presidente deba abandonar el cargo antes de completar su mandato es un claro signo de que el problema de la sucesión aún está lejos de resolverse.

Y, como en la Italia de Maquiavelo, las consecuencias han sido nefastas: los que mejor partido sacan de la situación son los intrigantes, los inescrupulosos, los advenedizos y los demagogos. Fujimori y Montesinos en Perú, Correa en Ecuador, Morales en Bolivia, López Obrador en México y Chávez en Venezuela, por citar a los casos más conspicuos, son fenómenos que de ninguna manera hubieran surgido en un “principado hereditario” o, mejor dicho, en una democracia estable. Pero ninguno de ellos es, tampoco, un auténtico “príncipe nuevo”. Más que a un implacable César Borgia (que, por lo menos, logró pacificar la Romaña e iba en camino de unificar sus territorios cuando la mala fortuna le hizo perder el cargo), a un Charles de Gaulle o a un Adolfo Suárez, estos dirigentes se parecen a los *condottieri*, los capitanes mercenarios que aprovechaban la debilidad (cuando no la inexistencia) de los ejércitos “propios” para usurpar el poder del Estado que los contrataba como salvadores. La única diferencia con la América Latina de nuestros días reside en que los nuevos aventureros llegan al poder por los votos y no mediante las armas, y la debilidad que aprovechan no es la de los aparatos militares, sino la de los partidos políticos.

4. “Ejércitos propios” y partidos políticos

Aquí hay una semejanza que suele pasar inadvertida, pero resulta provechoso considerar. Aunque no comparto la conocida interpretación de Antonio Gramsci, según la cual el partido político (revolucionario) es el sustituto que nuestra época encuentra para el “príncipe nuevo”¹⁴, reconozco en la misma una intuición profundamente acertada. Mis diferencias con Gramsci son dos: primero, si bien es cierto que el príncipe nuevo es una figura revolucionaria, la suya es una revolución conservadora, destinada a establecer algún tipo de orden estable más que a construir el socialismo; y segundo, el equivalente maquiaveliano del partido político moderno no es el príncipe nuevo, sino el ejército propio. En efecto, el partido no puede reemplazar al líder mismo, sino que constituye el principal sostén con el que éste cuenta para implantar instituciones estables allí donde no hay más que inestabilidad crónica.

¹³ Lo cual, dicho sea de paso, de ninguna manera es incompatible con el pensamiento schmittiano, porque éste considera que todo orden jurídico depende, en última instancia, de una decisión; véase su ensayo “Definición de soberanía”, que aparece en *Teología política. Cuatro ensayos sobre la soberanía*, Buenos Aires, Struhart, 1998 (la edición original es de 1922), cap. I, p. 15-28.

¹⁴ *El Príncipe moderno*, en las *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003 (la edición original es de 1949), cap. I, p. 9-15. En su *Political order in changing societies* (New Haven, Yale University Press, 1968), Samuel P. Huntington ofrece una interpretación muy similar, aunque de talante conservador y no revolucionario.

En la Italia de principios del siglo XVI era necesario y legítimo solucionar las disputas políticas por medio de la fuerza; por ello es natural que Maquiavelo haya considerado a las “armas propias” como requisito *sine qua non* de la seguridad política de todo príncipe, e identificado las razones de la ruina de los gobernantes italianos en el no haber comprendido dicha máxima:

[...] sin armas propias, ningún principado se encuentra seguro, antes bien: se halla totalmente a merced de la fortuna, al no tener virtud que lo defienda en la adversidad.¹⁵

[...] si en tantos cambios como ha sufrido Italia y en tantas campañas de guerra siempre parece que la virtud militar se haya extinguido en ella. La causa no es otra que la antigua organización militar no era buena y no ha surgido nadie que haya sabido encontrar una organización nueva [...].¹⁶

Queda claro que hoy esto ya no es válido, no solo por los estrepitosos fracasos en que concluyeron los gobiernos militares de estos países¹⁷, sino también porque el triunfo del principio democrático ha hecho desaparecer la legitimidad de la fuerza como mecanismo de resolución de conflictos políticos¹⁸. Hoy en día, para ganar el poder y mantenerse en

él es necesario reunir apoyo y votos, y eso es justamente lo que los partidos políticos pueden proporcionar mejor que nadie; el ascenso de los medios de comunicación masiva ha disminuido su importancia a la hora de ganar las elecciones, pero continúan siendo irremplazables para reunir y mantener apoyos parlamentarios y políticos que permitan a un presidente superar los problemas y las crisis que deberá enfrentar durante su mandato.

Gramsci podría replicar que los partidos modernos, como los ejércitos antiguos, también pueden servir para promover liderazgos¹⁹; pero el punto es que ninguna organización puede garantizar el surgimiento de un auténtico “príncipe nuevo”, sino sólo de dirigentes relativamente capaces que permitan conservar y/o reformar una institucionalidad establecida (pensemos en la Venezuela puntofijista o en el Chile post-pinochetista). Los cambios drásticos y revolucionarios sólo son posibles cuando hay un líder que está por encima de la media: las revoluciones comunistas que anhelaba Gramsci no hubieran ocurrido sin un Lenin, un Mao o un Castro, creadores de nuevos partidos más que productos de alguno ya existente. Por supuesto, esto no quita, que se puedan implementar reformas pequeñas pero valiosas, que apunten a la creación o al sostenimiento de instituciones que garanticen una mínima estabilidad y desarrollo para nuestro continente; pero sin partidos fuertes y cohesionados, hoy ausentes en la mayor parte de América Latina, incluso estos objetivos relativamente modestos resultan inalcanzables o insostenibles.

¹⁵ *El príncipe*, cap. XIII, p. 80.

¹⁶ *Op cit.*, cap. XXVI, p. 121-2.

¹⁷ Fracaso que, por otra parte, no hubiera sorprendido a Maquiavelo, que jamás abogó por el gobierno de los militares, y mucho menos pensaba que éstos tuvieran un *status* moral superior al del resto de la sociedad. Está claro que para él las fuerzas militares existían para defender al principado de los ataques exteriores, no de los enemigos internos:

[...] un príncipe debe tener dos temores: uno hacia dentro, ante sus súbditos; otra hacia fuera, ante los extranjeros poderosos. De los últimos se defiende con las buenas armas [...]. Pero cuando la situación exterior no se altera, se ha de temer con respecto a los súbditos que maquinan secretamente una conjura, de lo cual puede guardarse con seguridad si evita el ser odiado y despreciado y conserva al pueblo satisfecho de él. [*Op cit.*, cap. XIX, p. 94.]

Unos párrafos más adelante nos dice que los emperadores romanos, sobre todo a partir del siglo III, constituían una excepción: porque necesitaban satisfacer a los soldados antes que al pueblo, porque aquellos eran más poderosos. Pero este argumento no es válido para la América Latina del siglo pasado, porque, aunque sea cierto que en ella los militares tenían un enorme poder, no lo es menos que solo podían usarlo cuando los problemas políticos y económicos debilitaban enormemente la confianza de la sociedad en los líderes civiles. Los militares tenían que ganar el apoyo (o al menos la aquiescencia) civil; nunca ejecutaron un golpe con la “pura” fuerza militar.

¹⁸ Esto implica, también, una reducción de su *efectividad* en ese sentido: por supuesto que sigue siendo posible recurrir a la fuerza bruta para terciar en las disputas políticas, pero como se trata de un medio ilegítimo, resulta muy problemático y extremadamente costoso sumar apoyos para implementar una estrategia así. Esto explica por qué, como se señala en la nota anterior, los militares latinoamericanos no hacían golpes si no creían contar con el suficiente apoyo civil.

¹⁹ Al respecto, véase Huntington, *op cit.*, cap. 7, p. 408-12.